

## RESEÑA

### Alexander Torres Iriarte: *Del pensar a la angustia*: Cinco perfiles intelectuales venezolanos\*

Rafael Marante

UCAB

Rafaelmy90@gmail.com

En *Del pensar a la angustia* Alexander Torres Iriarte nos muestra el perfil de cinco pensadores venezolanos, que vivieron y reflexionaron con especial intensidad su tiempo y su entorno (la angustia, el pensar), incitándonos, de este modo, a inquietarnos por determinar un pensamiento propio que nos ayude a aclarar los problemas políticos y sociales de nuestro país desde nuestro propio contexto.

Alexander Torres, educador e historiador que labora en el Instituto Pedagógico de Caracas, inicia exponiendo la perspectiva antropológica del filósofo y educador alemán Ignacio Burk, quien desde temprana edad se estableció en las tierras venezolanas como misionero salesiano. En Caracas logró graduándose en el Pedagógico en 1949, con la especialización de Biología, Física y Filosofía, lo que le permitió tener una fuerte instrucción en los saberes científicos y humanistas. Conflictos vocacionales lo hacen abandonar el sacerdocio, para dedicarse a la docencia; desarrollando una amplia labor divulgativa y académica en el Pedagógico de Caracas. En su obra, Burk se esfuerza en ilustrarnos, acudiendo al *tecnocentrismo opresor*, la carga pesimista que lleva la noción de hombre. Dicha noción concibe al hombre como el animal portador de una razón que, irónicamente, se enfrenta con su naturaleza egoísta, reflexión que fue anunciada ya por Hobbes en su polémica sentencia: *homo homini lupus*. Esto nos incita a preguntarnos “¿Y cuál es el asidero del hombre contemporáneo?” (p.16).

---

\* Fondo Editorial IPASME, Caracas, 2009, 114 pp.

**Alexander Torres Iriarte: Del pensar a la angustia:  
Cinco perfiles intelectuales venezolanos**

Burk sostiene que a pesar de que el *Aufklärung* (Ilustración) trató de elevar a la Diosa razón a su más alta cúspide, permitiendo el desarrollo técnico en su más amplio margen, podemos observar cómo los pensadores de épocas posteriores han de notar que el hombre se encuentra aún en tinieblas. “Solo basta observar el caso de las cosmovisiones científicas, para corroborar lo que decimos. Como si al hombre – por el desengaño con su carga ensayo y error- le llegó la hora de asumir su propia responsabilidad” (p.17).

La tecnología desvía el horizonte de los *valores éticos y estéticos*, mas no por ello quiere decir “que deba existir un divorcio entre el aparato productivo y la educación” (p.19), sino, más bien, debe haber un cambio de paradigma con respecto a la imagen que se tiene del educador. Éste debe dejar de ser un mero maestro para convertirse en un instructor que no sólo informe, sino que también empuje al pensamiento racional, con notable capacidad crítica, ya que aprender un cierto tipo de conducta fundamentalmente verbal, es aprender en amplia medida un lenguaje” (p.20)

En el siguiente capítulo, Torres nos expone la postura de Rafael Vegas Sánchez, venezolano que desde joven estuvo involucrado en las altas esferas educativas, estudiando en el colegio Salesiano y el Liceo Caracas donde llegó a ser discípulo de Rómulo Gallegos. Fue estudiante de medicina en la Universidad Central de Venezuela, lo que le permitió especializarse en el área de psiquiatría, que posteriormente le servirá de auxilio para dilucidar los problemas que tiene el país con “la infancia abandonada, anormal y delincuente” (p.33). Vegas Sánchez nos presenta como solución la instauración de instituciones: “Casas de observación para Menores, Casas Hogares, internados de Pre-Orientación, Internados de Readaptación, Sanatorios Psiquiátricos Infantiles, además, de Clases y Escuelas Especiales” (p.33)

La educación fundamental del joven viene dada desde el hogar, por lo que no se busca remplazarlo con la

institución, sino estimular la creatividad y reflexión que bien no puede ser abarcada desde la casa. No obstante podemos notar cómo muchos hogares son disfuncionales, impidiéndole así la correcta formación al joven y adolescente. Esto se debe, entre otros factores, al éxodo de campesinos a la capital en busca de una mejor calidad de vida, pero a gran escala esto representa lo que Vegas Sánchez llamó posteriormente “cinturón de miseria” (p.34).

Sánchez abogó por la institución que vela por la educación de los jóvenes y no en vano fundó el *Colegio Santiago de León de Caracas*, cuyo objetivo principal estaba destinado a la formación de individuos conocedores de su cultura, historia, y que fomentara en ellos el llamado a la producción beneficiosa para el país. Asimismo procura llevar el ideal del estudiante venezolano a un individuo que tiene “visión universal del ser humano” (p.38), que sea tolerante, conocedor de su tradición, y llevarlo a ser la base para el futuro de Venezuela.

Más adelante, Torres Iriarte nos presenta una reflexión sobre la tendencia existencialista que asume el autor hispano Teodoro Isarría. Este pensador fue español por nacimiento, y venezolano por naturalización (p.49). En Madrid tuvo a maestros como José Gaos, José Ortega y Gasset, y García Morente. En 1947 llega a Venezuela y se desempeña en el como traductor y profesor en el Pedagógico, lo que le permitió tener un constante trato con la filosofía. En su obra, Isarría nos indica que el hombre es el existente a quien no se le atribuye nada, sino él mismo es quien tiene como industria el obrar en función de construir su propia existencia, “existencia que supone libertad” (p.50). Asimismo la existencia mantiene un afán en “un siempre *ser más*”, por lo que se convierte en sinónimo de trascendencia.

Para concretizar la aspiración de trascendencia el hombre ha de acudir a la filosofía: “La filosofía es mediadora con el misterio que se debate entre lo positivo y lo negativo, entre la lid del ser y la nada, es una disciplina

**Alexander Torres Iriarte: Del pensar a la angustia:  
Cinco perfiles intelectuales venezolanos**

humana donde el espíritu se observa así mismo” (p. 51). Empero, esto no quiere decir que el mal que abraza nuestra nación sea el pensar; es decir, que haya hombres que piensen, sino que el problema reside sobre lo que se piensa. Por ello “LO QUE HAY QUE PENSAR, es lo impensado y lo pensable” (p.51). De manera que la razón ha de dialogar con lo irracional, para que de este modo se concientice de la responsabilidad humana, carácter que sólo es posible bajo el dominio de libre albedrío, permitiendo así un compromiso que tiene el hombre consigo mismo de elaborar su propia existencia.

Ahora bien, para permitir la trascendencia del hombre en la historia es necesaria la existencia de la Cultura, de un éthos. La eticidad puede ser comprendida como una segunda naturaleza que está impuesta al hombre mucho antes de que él sea; es decir, que a pesar de las elecciones propias que han de ser tomadas por el existente, éste debe entender que ha nacido en un contexto propio, que lo acobijó y le permitió obtener su lenguaje y su cultura.

Isarría afirma que a pesar de que la ciencia y la filosofía marquen una diferencia entre ambas, no por ello deban de distanciarse, sino que por el contrario han de trabajar en conjunto, para que de este modo haya una relación gnoseológica donde “la filosofía es lo fundamentante y la ciencia lo fundamentado” (p.54). Este paradigma le permite a la conciencia poder estudiar al mundo en términos de *sujeto y objeto*, ya que sólo de esta forma podrá conocer al *otro*, quien en última instancia sirve de espejo para reconocer que la realidad histórica viene dada por el “tú”. Podemos ver como el pensador contemporáneo se aleja del solipsismo racional y ubica al hombre en una *comunidad* de varios *yo* en donde se desarrolla el intercambio cultural.

Un cuarto pensador venezolano que nos presenta Iriarte es Juan Liscano. El estudio que nos presenta tiene como propósito mostrarnos una angustia de carácter universal, que viene dada por la terrible producción de la sociedad tecnocéntrica. El desencadenamiento de la producción

técnica lleva a deshumanizar al hombre por el hecho de asesinar los pliegues éticos y espirituales de la humanidad. Liscano se mantiene firme al sostener que los aportes técnicos por más de que sean de carácter informativo no sirven para estimar una mejor existencia humana (p.71), y es por ello que el autor no interpreta al progreso como una línea ascendente.

Torres acude a la figura de Juan Liscano, venezolano que tiene grandes elogios por su papel multifacético desempeñándose como crítico, ensayista, articulista, periodista, etnomusicólogo, entre otros oficios. Liscano realiza estudios en el extranjero y regresa a la Universidad Central de Venezuela para hacer cursos de Derecho y Antropología, esto le permite orientar su sólido pensamiento como creyente en el ámbito político y antropológico en el que se desenvuelve el hombre de hoy en día. Torres hace énfasis en considerar a Liscano como un pensador que se mantiene en sintonía con el eclecticismo, y que por ello se explica su “carácter apocalíptico a la hora de analizar la dinámica finisecular del mundo” (p.73). Asimismo podemos observar que utiliza la imagen del diablo para explicar lo que él llama “una sociedad inconscientemente satánica”. Esto lo podemos ver con mayor facilidad cuando nos explica que, en la contemporaneidad, el simbolismo satánico ha llegado a triunfar en el mercado consumista, desde producción de rock *heavy metal* hasta videos, cine, e incluso afiches de propagandas.

De manera que Liscano bajo una viva imagen, a la que podemos recurrir hoy en el presente, nos muestra cómo el ideal de progreso conllevó a nuestra nación a caer en el error de usar a la historia, esto es al pasado, como herramienta para hacer política, “por eso hay que reescribir con honestidad la historia, sin concesiones con lo idílico y lo falso” (p.79). La única manera de salvar a la juventud, rescatándola de la debilidad por el llamado tecnológico, es evitando que la Institución Educadora decaiga muy bajo,

**Alexander Torres Iriarte: Del pensar a la angustia:  
Cinco perfiles intelectuales venezolanos**

rozando la mediocridad, pues es élla la que es “el reflejo de la quiebra del sistema” (p.82)

El último pensador venezolano al que Torres hace alusión es José Rafael Guillent Pérez, escritor y filósofo venezolano que concretó sus estudios entre las universidades de Venezuela y París, especializándose en Filosofía e Historia de la Filosofía. Pretendió dilucidar la posición que ocupa la filosofía en la contemporaneidad; ésta deja de ser un saber de intelectuales, propiamente, para convertirse en la verdad de las cosas que se encuentra escondida en cada una de ellas, y por lo tanto, todo hombre está capacitado para ser filósofo y descubrir dichas verdades. Por ello podemos ver que Guillent Pérez recurre a Heidegger, quien hace énfasis en el develar de la verdad, y nos recuerda que “la filosofía no es amor a la sabiduría, sino la sabiduría del amor” (p.89). No obstante, la filosofía no puede estar sustentada en lenguaje místico, ni puede ser argumentada por cuestiones de fe, debido a la tradición Occidental, la cual siempre ha tendido a nutrirse de un saber teórico alejándose de una *praxis* más real.

Guillent Pérez nos señala que un error muy frecuente en Occidente es la constante omisión de la *nada*. Ya desde los griegos, la concepción de la *nada*, era inconcebible, y a lo largo de toda la *Historia de la Filosofía Occidental* se elabora un pensamiento negador de la *nada*, si se me permite el término; no es que no se tenga conciencia de ella, sino que le es completamente imposible al pensamiento pensar la *nada*, y esto lo vemos desde Párménides con su dictum: *Ser y Pensar son una y la misma cosa*. Por otra parte resaltamos con insistencia la importancia del Yo como “protagonista de la existencia, integrado por un impulso de continuidad, pensamiento y concientización del tiempo” (p.96). Sin embargo la angustia aparece como la preocupación que se tiene ante la *nada*, la cual subyace en todo existente.

Finalmente Iriarte apunta a la consideración que tiene Guillent Pérez de la Venezuela del siglo XX, en la que el

pensar filosófico se encuentra muy opaco frente a las grandes producciones intelectuales de Europa. Notablemente podemos ver la gran influencia de Europa en nuestra cultura, pero dicha influencia tan penetrante en nuestro modo de vivir impide que el venezolano desarrolle un pensamiento propio, y por lo tanto olvida, con el paso del tiempo, las raíces de su propia cultura.